

EL HOMBRE Y EL DRAMA DE SU EXISTENCIA

Reflexión sobre los Derechos Humanos

Ricardo González
Profesor de la U. P. B.

El Significado de ser hombre

Sin lugar a dudas, es más fácil dar hoy una respuesta sobre el hombre, que en los albores de la historia; el mismo afán del hombre lo ha llevado a profundizar en el hombre mismo.

El hombre no es solamente un ente en el que residen los problemas, sino que él mismo es un problema, una cuestión frente a la cual la misma antropología trata de descubrir y examinar críticamente, buscando, al mismo tiempo, dar una respuesta satisfactoria al momento presente.

El avance vertiginoso con el que camina hoy el mundo, los grandes adelantos de la ciencia y de la técnica, en una palabra la mecanización del hombre, constituyen por una parte, un valor positivo. Sin embargo, al margen de ello tenemos que afirmar, que si el hombre ha ganado en la tecnificación, otro tanto ha perdido en el campo de su individualidad. Tenemos que reconocer en la sociedad de hoy una fuerte crisis de reflexión; la automatización del mundo ha convertido muchas veces al hombre en una máquina más, esclavo de otra máquina con la que se identifica.

Las dificultades de la vida, la soledad, el deshacerse de sus proyectos, la incapacidad de alcanzár una plena felicidad, etc., son experiencias que deben conducir al hombre a reflexionar y a pensar qué es y para qué ha nacido. Es necesario que el hombre deje de ser considerado como un gran ente impersonal, para volver al ser humano, único e irrepetible en su individualidad, de un profundo valor personal por su esencia que lo hace inconfundible.

En este sentido tiene razón Albert Camus, cuando en el mito de Sísifo describe al hombre moderno como un esclavo del tiempo y de las máquinas y se pregunta, si la vida vale la pena vivirla, cuando la felicidad, no obstante tantos reclamos, se hace esperar tanto, naciendo la tristeza en el corazón del hombre.

Nunca como hoy hemos sabido tantas cosas sobre el hombre, dice M. Scheller, pero nunca fuimos tan ignorantes, para responder qué es el hombre.

El problema del hombre es un problema central para la filosofía, bajo dos órdenes: analítico y sintético. En el primero, el hombre siendo capaz de trascender, no trasciende nunca sus propios modos. En el segundo, todas las experiencias de fuera, las hace conforme consigo mismo.

Al problema del hombre le queremos encontrar una solución. La filosofía hasta el presente, ha tratado al hombre, pero siempre como categorías de substancia, ente, esencia, etc., y por lo tanto no da razón de lo que es el hombre. Además al hombre, casi siempre se le interpreta bajo el punto de vista de su utilidad, siendo así absorbido como cosa y no como persona real y concreta.

El hombre concreto es el individuo, el singular, el "yo", es el que da razón de su personalidad; ese tiene que ser el centro de la filosofía de hoy. El hombre se salva como hombre en cuanto se salva como persona, como singular, el "yo" de Pascal, el "yo" personal, singular.

La antropología es la ciencia, que estudia al hombre en su totalidad y en sus relaciones con el resto de la naturaleza. En el inmenso mundo de los seres vivientes, el hombre ocupa el centro en la organización biológica. Es un ser capaz de pensar y hacer vivo su pensamiento por medio del lenguaje, que es el principal instrumento mediante el cual se realiza, en el interior de la naturaleza, instituyendo una civilización y una cultura propias.

Ningún hecho es universal y significativamente humano como el hablar. Es éste el punto de partida para la filosofía del hombre. El lenguaje es la obra cumbre que permite hacer comunicable y realidad el pensamiento, haciendo partícipe al mundo de las ideas y de los juicios del hombre, constituyendo un instrumento de riqueza para la definición de la cultura que encuentra en la palabra la fuente de comunicación; ella, la palabra, es la revelación del hombre; hace posible la revelación de su destino, de su propia existencia, que no es otra cosa que la razón de ser y de vivir, cuyo sentido se solidifica y fundamenta, en su posibilidad inmensa y enriquecedora del encuentro del "yo" con el "tú", donde el hombre comunica y revela su experiencia, se exterioriza y experimenta el valor inmenso de poder comunicar. Comunicar el dolor, las miserias, los aparentes fracasos y las alegrías profundas de los triunfos, con todos los matices que unos y otros ofrecen y que sólo es posible revelar por la palabra. En la profunda interioridad del hombre, en su inmenso mundo que es su intimidad, donde viven como en la clandestinidad todos los hechos que han constituido la vida del hombre y que en cierta manera deciden su futuro; en esa interioridad vive también la obra cumbre del ser humano que es la palabra, como una ventana abierta al externo, mediante la cual el hombre puede salir de sí mismo y dar a luz todo lo que constituye el significado de su vida, abrirse al tú como una fuente de luz y de esperanza en la cual el hombre siente más que nunca la alegría de dar y el gozo de recibir.

Por el lenguaje el hombre toma conciencia de su dignidad, puede amar y expresar su afectividad, puede descubrirse a sí mismo, es capaz de valorar el sentido de su vida, teniendo como meta la realización plena en el tiempo y en la historia, no solamente como una dimensión temporal, sino también como una apertura hacia lo trascendente.

La Realidad de la Vida y de la Historia

El hombre es un ser dinámico por naturaleza; empeñado en una búsqueda constante de la verdad, en un descubrimiento de sí mismo y del significado de ser hombre dentro de la complejidad de la historia.

La vida del ser humano es siempre un interrogante, una pregunta por el mañana frente al cual el hombre vive una fuerte dosis de incerteza que le hace muchas veces preguntarse por el verdadero valor de la existencia. Es éste quizá el mayor drama vivido por el hombre de hoy, inmerso en un mundo que él mismo define rumoroso y privado de sentido.

Sabemos que la historia del ser humano abarca desde su nacimiento hasta su muerte, en cuyo itinerario encontramos la complejidad del desarrollo integral de la persona. Ella es un ente capaz de pensar, de descubrirse como persona, poseedora de una capacidad de elección frente a los acontecimientos de la vida y de la historia, de interrogarse sobre su propio destino y del significado de su vida.

El dinamismo del hombre hace de él un ser inquieto, capaz de interrogarse y darse una respuesta frente a los demás hombres y frente a la historia, en la cual está inmerso y es al mismo tiempo su propio constructor.

La vida representa un drama cuyas raíces se hunden en el pasado, se viven en el presente y se proyectan en el futuro. Cada hombre lleva consigo en el camino de su vida el drama del recuerdo, la vivencia profunda de hechos pasados que alimentan siempre su vida, influyendo poderosamente en sus decisiones y en su obrar. Es ésta una realidad de la cual el hombre no puede prescindir.

El ser hombre conlleva una decisión constante, un replanteamiento permanente de su vida y por lo tanto una superación de la misma; un elevarse hacia horizontes cada vez más claros y hacia metas más nobles y elevadas; no está hecho el hombre para el quietismo; el ser humano es un caminar hacia... es una búsqueda constante de la verdad, es una realización como hombre.

En la interioridad profunda de la persona viven todos los entornos; todo aquello que ha hecho parte de su vida, dejando huellas profundas en el recuerdo y notables influencias en sus decisiones.

El pasado es en cierto sentido el presente del hombre, es la vivencia de hechos sucedidos que de alguna manera continúan manifestándose en el presente, constituyendo en cierta forma la actitud personal del hombre. No siempre, sin embargo, el pasado constituye un recuerdo feliz; en él se encuentran también las dolorosas experiencias que han tocado las fibras más profundas del sentimiento humano. Es, no obstante, una oportunidad más para la maduración paulatina en que cada ser humano está empeñado.

Las experiencias dolorosas son las que deben interrogar al hombre con más fuerza; ellas lo llevarán a preguntarse el por qué de las cosas

y al mismo tiempo a darse una respuesta madura y acertada con el propósito de dar un paso hacia adelante. Esta es la riqueza profunda del error del hombre, cuando se le sabe emplear como medio de superación en la vida.

Es muy fácil vivir sólo de recuerdos que han dejado fuertes impresiones en la vida, sin un objetivo, sin un anhelo de superación; ello conduce fácilmente a la angustia, al sin sentido y muchas veces a la desesperación y al fracaso. El ser del hombre es infinitamente grande, está hecho para la superación; y ninguno de sus aparentes fracasos, de sus angustias y dolores pueden superar y opacar la persona; ello equivaldría a considerar los problemas superiores al hombre. La persona humana tiene que situarse frente a los acontecimientos de la vida y de la historia y frente a ellos tiene que tomar decisiones y obrar; allí está la madurez humana en la cual todos estamos empeñados hasta el final de la existencia.

La vida del hombre es un continuo sucederse de hechos, que en algún sentido han originado su existencia, con las complejidades que encierra; los dolores y las angustias, las glorias y las esperanzas, que en substancia son lo que constituyen la existencia humana.

El hombre tiene necesidad de encontrarse consigo mismo, tiene necesidad de penetrar en su propio yo, para descubrirse como una realidad siempre nueva y llena de inmensas posibilidades; un grave error de la sociedad de nuestro tiempo, es el desconocimiento, del hombre en su realidad de humano. Vivimos en medio de los hombres sin saber qué es el hombre; muchos autores se han ocupado y se ocupan hoy del problema del hombre pero sin embargo continúa siendo una realidad desconocida.

¿Quién de nosotros se preocupa realmente por entender al hombre como un ser lleno de complejidades y en cada una de esas complejidades ve las inmensas posibilidades que encierra?

El ser humano tenemos que entenderlo, dentro del complejo plan de su existencia. Decir que hemos conocido una persona por el solo hecho de conocerla y de tratarla un poco, es como decir que hemos conocido el mar porque lo hemos visto. Conocer al hombre implica algo más profundo, implica penetrar en su existencia y leer allí un sucederse de hechos complejos que han dejado huellas profundas en su existencia y que siguen influyendo poderosamente todas sus acciones. Si somos sinceros tenemos que aceptar que valoramos al hombre por lo que externa o materialmente nos puede ofrecer, pero no por lo que en sí mismo como persona es y por los valores y posibilidades que encierra; es un grave error de nuestro tiempo.

Desafortunadamente la tecnificación del mundo ha mecanizado también al hombre y el hombre vale hoy por lo que tiene y no por lo que es; si el hombre explotara al hombre en sus valores en la misma forma que lo explota en sentido material, el mundo sería infinitamente más rico, porque su riqueza estaría fundada no sobre cosas materiales, sobre

ambiciones y esperanzas precarias, sino sobre valores imperecederos, capaces de penetrar en la misma existencia y hacer de este modo cambiar el rostro de la sociedad materialista de nuestro tiempo. Esto implicaría, sin embargo, una renuncia al egoísmo, un dejar de pensar tanto en cada uno para pensar en los demás.

La mayoría de los líderes de las naciones, a quienes pertenece en primer lugar la defensa del hombre y sus valores, están enceguecidos por sus intereses personales, sin otras miras que la fama, el prestigio y lo que es más grave, el afán de lucro que es la peor carcoma que puede sufrir un pueblo que ve lleno de frustración el derrumbarse de sus propios intereses, el engaño y deshonestidad de sus jefes, a quienes un día con una ingenua confianza y halagados por las promesas ilusorias les confiaron el destino de sus pueblos.

Con frecuencia, los mismos gobernantes alarmados, reclaman honestidad a la sociedad, pero, ¿cómo es posible pedir buenos frutos a un árbol que está sumido en la podredumbre desde sus raíces más profundas?

La humanidad entera atraviesa una de las peores crisis de la historia. Nunca como hoy se ha exaltado tanto al hombre, se ha hablado de la defensa de sus derechos, de su dignidad, etc., pero al mismo tiempo, nunca como hoy se han violado más sus derechos, se han desconocido sus valores y se han pisoteado sus intereses. "He encontrado más peligro entre los hombres que entre los animales", dice Nietzsche. La gran masa de la humanidad se debate hoy en la división, en la lucha, en el odio, en la destrucción. Las agitaciones políticas, los problemas sociales envuelven hoy al mundo: se lucha por partidos, por sistemas, por instituciones, por objetivos muchas veces personales, sin importar el sacrificio de vidas humanas o la violación de sus más mínimos derechos. La persona es hoy sólo un instrumento, un objeto, una pieza digna de ser eliminada en pro de un sistema determinado, de un interés minoritario, cuando ya no ofrece garantías productivas; ella, la persona, tiene valor mientras desempeña una función en la compleja máquina de los intereses políticos y económicos.

Una gran masa de hombres está al servicio del capital de unos pocos que los manipulan a su manera y son narcotizados con la estrategia de las promesas vanas, cuya realidad nunca se ve cumplida. Mientras en las plazas, multitudes sencillas son embriagadas con la demagogia barata; en el poder se está tramando el aplastamiento de esa persona con innumerables cargas que puestas sobre sus hombros, les hacen olvidar hasta su misma condición de persona. En otro ángulo del panorama humano, se sacrifican vidas sin tregua, se priva de la libertad misma, se destruye la paz y se siembra la confusión y la incerteza. Millones de vidas inocentes sacrificadas sin escrúpulo, bajo pretextos hábilmente planteados; todo ello por defender un hedonismo desenfrenado. El hambre que se hace presente en el mundo con estadísticas cada vez más

alarmantes, la violencia sin precedentes y sin fronteras, etc., colocan hoy a la humanidad en un duro y confuso momento histórico; es una hora oscura de nuestra historia, pero no sin esperanza. Hay una necesidad urgente de que cada uno replantee seriamente el concepto de persona, lo que ella representa y los valores que encierra. Es necesario dejar ya tantas teorías escritas y muchas de ellas hermosos elogios a la persona y a sus derechos; es la hora de bajar de los pedestales, que nos han hecho perder el horizonte humano, y pensar, no a nivel de simples ventajas personales o del pequeño círculo de intereses, sino valorar al hombre en su dignidad. Es el momento de olvidar la expresión "tienen que hacer" para cambiarla por la de "hagamos"; hay necesidad de tomar conciencia de los graves males que envuelven hoy al mundo porque se ha olvidado en la práctica lo que es la persona y sus valores; la confusión reinante en la entera humanidad nos hace pensar que el mundo de los hombres debía tener una vez un corazón que ahora parece haber cesado de latir.

Hace falta hoy en toda la humanidad, que cada persona se empeñe en descubrir y considerar los valores morales del hombre; si esto no se realiza es inútil pensar y buscar otro tipo de solución al desconcierto que nos aflige. No podemos dejar de anotar que existe en el mundo de hoy una fuerte crisis de reflexión; la mecanización y tecnificación, la misma propaganda psicológicamente organizada por los poderosos sistemas capitalistas, han contribuido indudablemente, a que el hombre no pueda ejercitar su mayor valor humano, su reflexión, llegando casi a atrofiarse en una gran masa humana.

La Incertidumbre, la Moda de nuestro tiempo.

La realización del hombre, la conquista de sus inquietudes, la lucha por ideales nuevos, colocan al ser humano muchas veces en una posición de riesgo y aventura, que llevan a momentos de soledad y de incertidumbre y muchas veces de desánimo. Es necesario entonces un gran equilibrio, una gran capacidad de superar, para no caer en el desaliento, principal autor del fracaso en la lucha que el hombre está llamado a sostener por presentar al mundo aspectos nuevos, capaces de descubrir y valorar cada vez más al hombre como persona, sujeto de derechos y de deberes, no sólo en teoría sino en la práctica de la vida diaria.

Nunca como hoy se violan más los derechos del hombre. No existe un verdadero empeño por penetrar en la interioridad de la persona, por escucharla, por entenderla, por comprenderla en su situación, por vivir con ella sus problemas.

La marcha de la historia hacia una humanidad renovada, sólo se podrá realizar cuando cada hombre se preocupe por descubrir al hombre mismo como persona, con su individualidad propia, sujeto de derechos y de deberes, poseedora de inmensos valores que cada uno se debe

empeñar en descubrir, admitir y respetar, como lo más sagrado del hombre; cuando esto comience a suceder, se podrá entonces empezar a hablar de solución a los innumerables problemas que afligen hoy al mundo y que tienen su origen en la no valoración del hombre como se debe.

Se engañan miserablemente los gobernantes de las naciones, las diferentes asociaciones y el sin número de encuentros en todo el mundo y de todo orden, en los esfuerzos enloquecidos por encontrar solución al problema de la guerra, de la violencia, al déficit monetario, etc. Nada de ello se podrá realizar, mientras no se ataque el problema desde su raíz. Mientras no se destruya el egoísmo, los intereses personales y políticos, mientras no se respete al hombre y se le deje de considerar como un simple instrumento, una pieza más, de la compleja máquina del universo.

El tema de los derechos humanos está hoy en su apogeo. ¿Será otra novedad de entre las tantas corrientes que surgen en el correr de la humanidad? O será algo sólido, empeñado verdaderamente en un objetivo serio, con un método preciso y con una finalidad clara y definida, cual es la de colocar a la persona en el lugar que le corresponde dentro del universo y descubrir en ella los valores y las inmensas posibilidades que encierra? Esta no es una tarea de unos pocos, es un empeño de todos, es una preocupación que se debe hacer efectiva en cada hombre desde el más simple, hasta el más elevado en posición, en un plano de igualdad de persona en el cual fuimos creados con un mismo corazón y un mismo color de sangre y, lo que es aún mayor, con un mismo fin metahistórico.

Vivimos en un tiempo de misteriosas paradojas y de ambiciosas esperanzas. Ni las paradojas se resolverán, ni las ambiciones se verán cumplidas, mientras cada uno no se empeñe en una búsqueda y en un descubrimiento del hombre y sus valores. Nuestro valor radica en descubrir el sentido de nuestra propia existencia y vivirlo. El desconocimiento de la persona es sin duda alguna la causa del dolor universal que pesa sobre la vida histórica del hombre en el mundo.

Las glorias y las tragedias están escritas en la historia de todas las naciones, ello es inevitable. Tenemos el dolor como parte de nuestra herencia, pero el hombre puede reducirlo, puede hacerlo más suave, puede compartirlo. Parece que hoy, una parte del mundo se ha olvidado del dolor del hombre y otra parte se ha dedicado a fomentarlo, por eso la incerteza ha cubierto una buena parte de la humanidad y una cierta confusión se apodera de nuestro planeta.

Una de las más grandes paradojas, a la cual el hombre se ve avocado constantemente, es el problema del mal y del dolor del cual el ser humano no puede escapar. En el interior de cada persona se está librando continuamente una lucha en la que están en juego tantas alternativas. El hombre busca desesperadamente la felicidad y nunca la encuentra

en plenitud. En esa búsqueda constante del ser humano, en ese corre corre de la vida, está la presencia misteriosa del dolor que lo sorprende constantemente con manifestaciones cada vez más desconcertantes y frente a las cuales el hombre no tiene ninguna explicación, parece que existiera una guerra encarnizada, real pero invisible, entre la felicidad y el dolor causando un número incontable de víctimas que envuelven al mundo entero en el desconcierto, en la insatisfacción y en la inconformidad. Cada persona lleva dentro de sí el drama tremendo del dolor, el dolor de la incomprensión, el dolor de las esperanzas no realizadas, el dolor del fracaso, el dolor de la incapacidad de la plena realización dentro del mundo, el dolor de la ingratitud, etc. Todo esto lleva al hombre muchas veces a cerrarse en el mismo dolor, sin encontrar otro sentido que la soledad y la angustia. La presencia del dolor y del sufrimiento, están presentes en el corazón del hombre y muchas veces deja caer toda su fuerza y energía y parece ahogarlo en la incertidumbre y en el vacío, donde todo parece un fracaso, una falta de sentido, un absurdo. No nos podemos quedar allí, el hombre tiene que beber el vino amargo que brinda la vida en muchas circunstancias, no para intoxicarse, sino para regar con él los albores de una nueva esperanza, que renace al pie de las dificultades y que debe invitar a la persona a superarlo todo, iniciar de nuevo y mirar hacia nuevos horizontes; esta es la grandeza de la superación humana cuando se la entiende como una apertura hacia lo nuevo, hacia lo alto, hacia el triunfo.

El dolor no puede ser superior al hombre; existe el dolor porque existe el hombre, por lo tanto el hombre no se puede considerar inferior al dolor sino que tiene que afrontarlo y ver en él una oportunidad de inmensa superación, colocándolo a la vanguardia de nuevos triunfos, despejando nuevos horizontes, que le permiten, no encerrarse en la oscuridad del pesimismo, sino abrirse hacia el optimismo de nuevos ideales que hay que conquistar librando la batalla de la angustia, del fracaso y del pesimismo.